

VÍCTOR GÓMEZ PIN

EL SER QUE CUENTA

LA DISPUTA SOBRE LA
SINGULARIDAD HUMANA

BARCELONA 2025



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2025 by Víctor Gómez Pin
Este libro ha sido negociado a través de
Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria
© de la ilustración de la cubierta, by National Science
and Media Museum
© de esta edición, 2025 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

En la cubierta, *Robot en el vigesimoquinto aniversario
de Selfridges (1934)*, de Edward G. Malindine

ISBN: 978-84-19958-50-1
DEPÓSITO LEGAL: B. 4366-2025

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2025*



Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prólogo. Entre algoritmos y primates</i>	9
<i>Temario en síntesis</i>	43

PRIMERA PARTE

SINGULARES CASOS MAQUINALES Y ANIMALES

1. ¿Difuminadas las fronteras de lo humano?	71
---	----

SEGUNDA PARTE

LA VIDA SE HIZO VERBO

1. Emergencia mayor en la historia evolutiva	133
2. Dónde se inserta un niño	192
3. El hombre mide, juzga y cuenta	234

TERCERA PARTE

¿VERBO SIN VIDA?

EL RETO DE CREAR INTELIGENCIA

1. En los arcanos del debate	285
2. ¿Espejo del ser humano?	317
3. ¿Posesión y uso de conceptos generales?	344
4. ¿Creatividad?	377
5. ¿Seres de juicio? El test de Kant	396

CUARTA PARTE

JUNTO AL RETO MAQUINAL,
LA CAUSA ANIMALISTA

1. Debate en torno a las facultades animales	4 2 3
2. Diatriba sobre el origen de la cultura y la ética	4 6 9
3. Bentham versus Kant	4 9 5
<i>Epílogo. El ser que cuenta</i>	5 2 5
<i>Bibliografía</i>	5 4 7

[Acantilado no se responsabiliza del contenido de ninguno de los portales de la red mencionados en el libro].

Un hombre engendra a Dios. Es un judío
de tristes ojos y de piel cetrina;
lo lleva el tiempo como lleva el río
una hoja en el agua que declina.

No importa, el hechicero insiste y labra
a Dios con geometría delicada;
desde su enfermedad, desde su nada,

sigue erigiendo a Dios con la palabra.

JORGE LUIS BORGES,
«Baruch Spinoza»

Pero entonces ¿qué soy? Una cosa que piensa. ¿Qué es una cosa que piensa? Es decir, una cosa que duda, que concibe, que afirma, que niega, que quiere, que no quiere, que también imagina, y que siente [...] ¿No soy acaso ese mismo que duda casi de todo, que sin embargo entiende y concibe ciertas cosas, que asegura y afirma que sólo éstas son verdaderas, que niega todas las demás, que quiere y desea conocer otras, que no quiere ser engañado, que imagina muchas cosas, aun algunas veces a pesar mío, y que también siente muchas como por intermedio de los órganos del cuerpo?

RENÉ DESCARTES,
Meditaciones, «Meditación segunda»

PRÓLOGO
ENTRE ALGORITMOS Y PRIMATES

EL HOMBRE: ¿MOMENTO EFÍMERO?

En el museo de Bellas Artes de Sevilla hay dos cuadros del maestro flamenco Jan Brueghel el Joven que comparten el título de *El Paraíso Terrenal*. En el mayor de ellos, en la parte izquierda, destacan las figuras de Adán y Eva en el momento crucial de la tentación; en la parte derecha, ya hacia el límite del cuadro, como en la ilustración gráfica de un relato, los dos humanos huyen de un ángel que, desde lo alto, les amenaza con un látigo de fuego.

El segundo cuadro presenta una escena que se diría ajena al tiempo: animales de múltiples especies, en una atmósfera de onírica indiferencia, ocupan por entero el escenario y, sólo en el fondo, dos figuras, casi imperceptibles, representan a nuestros Adán y Eva. Se diría, pues, que antes de *la caída* el hombre era efectivamente un animal entre otros, incluso un animal carente de relevancia..., en oposición a la tesis clásica de la radical singularidad del ser humano.

Y, de hecho, quien hoy enarbole tesis humanistas de manera acrítica o ingenua será invitado a la prudencia por las disciplinas contemporáneas, que señalan el alto grado de homología genética que existe entre nuestra especie y otras vecinas, y en algún caso hasta cuestionan la rigidez de la distinción entre la facultad de lenguaje y las facultades de otras especies para generar sus propios códigos de señales. Se sugiere así que el hombre debería bajar de su imaginario pedestal y empezar a contemplarse como una especie entre otras especies; en realidad, como un contingente y tardío escalón en la historia evolutiva.

Para hacer perceptible lo reciente de la aparición del hombre y, eventualmente, lo efímero de su presencia, en ocasio-

nes la divulgación científica recurre a una trasposición de las etapas de la evolución del universo al transcurso de una película de tres horas. La vida aparecería treinta minutos antes del final; los animales, apenas cinco minutos antes. ¿Y los humanos? Sólo serían introducidos una porción de segundo, tan ínfima que el espectador no se apercibiría de ello. Supongamos en estas condiciones que una catástrofe acarrearía la desaparición de nuestra especie, por ejemplo, en el año 3000. Desde el punto de vista de lo que la ciencia puede describir, el hombre habría sido tan sólo una fracción diminuta en el devenir del cosmos. ¿Fracción insignificante? Vayamos poco a poco. Piénsese que en ella habría tenido cabida el entero transcurrir de la técnica, la ciencia, el arte, la filosofía y... el cúmulo de interrogaciones y respuestas sobre lo que tiene significativo peso y lo que es *in-significante*.

Sin duda la disposición humanista sigue caracterizando nuestras reacciones ante ciertos acontecimientos, y desde luego marcando nuestro lenguaje en la valoración que hacemos de los mismos. Decimos así que el comportamiento de tal o tal sátrapa es «inhumano», y, por el contrario, quien tiene un carácter empático con los débiles es calificado de «humanitario». Asimismo, quien destaca en el combate por una racional distribución del agua es honrado con un «premio de Derechos Humanos». El sentimiento de nuestra singularidad resuena tras las expresiones con las que, por ejemplo, una persona se refiere a su actitud, considerada valiente, incluso heroica, ante un dramático hecho real, que vale la pena recordar.

Tras los disparos que el 22 de febrero de 2017 acabaron con la vida de un ciudadano y dejaron malherido a otro en un bar de Kansas (por el único delito de parecer oriundos de la India), un hombre llamado Ian Grillot se lanza tras el homicida y recibe un disparo. Ante el cúmulo de alabanzas, él protesta con la siguiente declaración: «Hice lo que cualquiera habría de hacer por otro ser humano». Y, desde luego, la expresión es escuchada o leída sin reserva alguna por

todo el mundo. Al menos de manera espontánea, a nadie se le ocurre que la frase debería haber sido: «Hice lo que cualquiera habría de hacer por otro animal», si bien es probable que esa persona hubiera mostrado también su empatía ante un animal en peligro, razón por la cual (aunque en este supuesto el término no fuera etimológicamente correcto) sería también considerada «humanitaria».

En cualquier caso, para, digamos, bajarnos los humos, al argumento indiscutible de que en la historia del cosmos la especie humana es sólo un *momento* (es decir, algo con arranque e inevitable fin) y a la proliferación de noticias contrastadas que, un día y otro, enfatizan nuestro parentesco con otras especies (reforzando las asociaciones que claman por la implementación de nuestros deberes con los animales), se añaden hoy los avances en la llamada «inteligencia artificial»; avances que dejan literalmente atónito y posibilitan la relativización de lo humano por un polo contrapuesto al de la vida, ante el cual los posicionamientos humanistas encuentran *a priori* inesperadas dificultades.

¿CABE PENSAMIENTO NO ANIMADO?

«Si el género de los animales desapareciera, no existiría conocimiento», nos dice Aristóteles.¹ ¿Es hoy sostenible esta tesis, que durante siglos pareció de hecho indiscutible? Se daba por supuesto que en el seno del conocimiento había una jerarquía y que ésta culminaba en la forma de conocimiento propia del ser humano. Pero la definición misma de éste como «animal racional» presupone que en la base se halla la animalidad, y por ende la vida. Pues bien, el concepto mismo de *inteligencia «artificial»* hace que entre los términos

¹ Aristóteles, *Categorix et Liber de Interpretatione*, ed. L. Minio-Paluelo, Oxford, Oxford University Press, 1949, 7b 33-34.

que designan las condiciones de posibilidad de la inteligencia ya no figure *animal* y, *a fortiori*, *vida*. Y no puede dejar de subrayarse lo que esto implica: ni más ni menos que apertura a una mente equivalente a la humana, carente, sin embargo, de vida..., al menos, de vida en el arranque, vida como soporte de la inteligencia.

Pues en un sentido laxo del término *vida* se llega a hablar hoy de entidades construidas por el hombre (a partir de materia tanto orgánica como inorgánica) que responderían al modo de proceder más general de los seres vivos: entre otras cosas, transmitirían la información que recibieran y codificaran, y utilizarían la energía exterior que permite vencer los mecanismos de corrupción y desorden.¹

En cualquier caso, la vida artificial es un *proyecto*, y la inteligencia artificial, un *hecho* (al menos, en un sentido restringido de la palabra *inteligencia*). Pero, sin duda, no está excluido que la vida artificial se añada a la inteligencia artificial, sea en paralelo a ésta, sea como atributo simultáneo en una misma entidad, sea incluso como enriquecimiento posterior, de tal manera que un ser ya considerado inteligente vendría a tener vida..., obviamente en un proceso inverso al de la generalidad de los animales y, desde luego, al del animal humano. Pues en nuestro caso, la vida, y aun la modalidad de la vida que clásicamente se oponía como vida animal a la vida de las plantas, aparece como punto de arranque, y la inteligencia, como una emergencia (que hubiera podido no darse) en su seno.

La aparición de la inteligencia artificial,² aun consideran-

¹ Al respecto, son pioneros los trabajos de Steen Rasmussen en el Center for Fundamental Living Technology de la University of Southern Denmark.

² Como veremos a lo largo del libro, el concepto de *inteligencia artificial* (AI por sus siglas en inglés) es equívoco. Incluso el origen del término es oscuro. Se habla a veces de la conferencia de Darmouth que se celebró en el Dartmouth College en 1956 donde se trataba de determinar si una computadora podría homologarse en ciertos comportamientos a un ser

do sus ancestros históricos, se ha fraguado, por así decirlo, en un santiamén, lo cual contrasta con los miles de millones de años de evolución transcurridos desde el Big Bang hasta el arranque de la historia humana. Pero se abre a veces camino la idea de que el trascurso verdaderamente interesante es el último, el de la evolución tecnológica hacia esas entidades que nos superarían, y no sólo en capacidad silogística. Hagamos un pequeño repaso.

Hubo pasmo, en las décadas finales del pasado siglo, cuando entes maquinales resultaron capaces de reconocer dígitos manuscritos. Mayor estupor todavía cuando se revelaron capaces de catalogar con acuidad aspectos del rostro (una nariz, una boca), o un rostro por entero, distinguiendo si era el de un animal o el de una persona. Y aunque se reconoce que el asunto es complejo, se llega a estimar que el problema de la traducción (narrativa incluida) de una lengua a otra podría llegar a resolverse con la ayuda de una máquina, y entonces fue cuando (quizá en una suerte de *hybris*) se apuntó a que esa máquina inteligente podría llegar a componer una pieza musical, una obra pictórica que respondiera a un determinado estilo o un poemario que un humano no sabría distinguir del realizado por un congénere. En un ámbito diferente pero relacionado, la expectativa se incrementa ante hechos tan prodigiosos como el trasplante de pulmón efectuado por la mano de un robot; intervención tanto más precisa cuanto

humano. En cualquier caso, se acepta generalmente que la inteligencia artificial es un género que incluye *aprendizaje maquina* (*machine learning*), que a su vez tendría como subconjunto el *aprendizaje profundo* (*deep learning*), tentativa de superar las limitaciones del primero a la hora de generalizar lo aprendido en lo que cabría llamar *entrenamiento*. Conviene precisar desde ahora que quien aprende es un algoritmo, que en lo esencial actúa del modo siguiente: se propone efectuar una *tarea* (I) y su *rendimiento* (R) respecto a la misma va mejorando a través de la *experiencia* (E). En su momento aparecerá más claro qué entender por tales términos. Avanzo tan sólo que hay múltiples *tare*as posibles, así como muchas maneras de medir el *rendimiento* y la diversidad de formas de *experimentar*.

que, a diferencia de la mano humana, la primera no tiembla.

Y en esta constante sucesión de prodigios referentes a entidades artificiales, de vez en cuando alguna noticia sobresale. En junio de 2021, la revista *Nature* daba cuenta de una investigación que se venía fraguando desde tiempo atrás y que las páginas culturales de la prensa internacional presentaron como un salto realmente sin precedentes, ya que se trataba de una importantísima predicción que los científicos habían sido incapaces de realizar.¹ Un programa llamado AlphaFold2 había logrado prever el repliegue sobre sí mismos de los polipéptidos, a fin de alcanzar la estructura tridimensional que es necesaria para el correcto funcionamiento de las proteínas. Cabe, sin embargo, preguntarse si esta acuidad predictiva es resultante de una intelección del mecanismo, pues es sabido que *predecir* no equivale a *explicar*. Me refiero al asunto con cierto detalle más adelante.

Así, el ingenio humano, impotente ante un problema, recurre a un ente que es producto... del ingenio humano. Sin duda, la cosa tendría aún mayor peso si la cuestión misma que AlphaFold2 habría resuelto hubiera sido planteada por la propia entidad maquinal, lo cual puede llegar a ocurrir con otros problemas. Si tal es el caso, si AlphaFold2, u otra entidad análoga, llega a ofrecer respuestas desconocidas para el ser humano (y que no sean corolario de su propio mecanismo, sino una sorprendente emergencia respecto a lo que del artefacto *cabe esperar*), entonces es verosímil que también se halle concernida por las emociones que afectan a éste, empujando por esa emoción que producen los momentos en los que se hace patente la certeza de la propia finitud.

Es recurrente en los medios filosófico-científicos preguntarse hasta qué extremo nuestra propia existencia biológica será modificada de forma esencial por implantes artificiales

¹ John Jumper *et al.*, «Highly Accurate Protein Structure Prediction with AlphaFold», pp. 583-589.

que nos acercaría a esas entidades inteligentes construidas desde la materia inerte. En definitiva: a la par que se instaura la idea de la humanización de las máquinas, parece apuntarse a la maquinización de los humanos. Y la precisión «parece» que sería vacua si, en efecto, se consiguiera que todo lo almacenado en el cerebro humano pudiera ser traspasado a un ordenador y viceversa. No se trataría ya de la maquinización de ciertos componentes del organismo humano, sino que el soporte fisiológico de lo que se estima más específico de nuestro ser (nuestra inteligencia mediatizada por el lenguaje) podría asumirse como algo contingente y reemplazable. Habría en tal caso que volver de nuevo la mirada hacia el ser humano y preguntarse hasta qué punto ese ser racional ha de ser considerado, en esencia, *animal*, es decir, determinado por la biología. Quizá fuera entonces legítimo pasar de considerar al hombre un caso particular de *animal* (*racional* por oposición a los animales que no lo son) para poner en primer término su condición de *racional*, la cual parcialmente (sólo parcialmente y en medida variable) tendría soporte biológico.

Y así (en una de las versiones de lo que se ha dado en llamar «transhumanismo»), el hombre sería una suerte de transición hacia algo que, dotado de las potencialidades que la evolución ha deparado, escaparía a algunas de las limitaciones que conforman nuestra esencial debilidad. Y, desde luego, a quienes apuestan por esta modalidad de superación de lo humano no les faltan alicientes. Se abre de este modo un nuevo frente para los, digamos, «conservadores», los defensores de la concepción del humano como ser marcado tanto por su singularidad respecto a los entes que constituyen el entorno animado (animal el hombre, sí, pero *de razón*) como por el entorno forjado por el propio ser humano (*forjador* de artefactos y no artefacto él mismo).

DE LA INQUIETUD SOCIAL A LA INTERROGACIÓN FILOSÓFICA

Pero, en este terreno, la expectativa entusiasta (que ha conducido en ciertos países a considerar la posibilidad de hacer extensivos derechos hasta ahora exclusivos de los humanos a robots y otras entidades maquinales) halla su contrapunto en una inquietud casi generalizada, un temor análogo al que en el siglo XIX generó la tecnificación de la producción industrial.

Como es sabido, el debate ha llegado al extremo de plantearse la conveniencia de frenar la investigación a fin de evitar que los algoritmos puedan desplazar al ser humano en muchas de las actividades que éste, hasta el momento, era el único ser capaz de realizar. Son cotidianas las referencias a su posible sustitución por artefactos maquinales en tareas vinculadas a la recepción, la hostelería o los cuidados de personas mayores o incapacitadas. Pero también técnicos con responsabilidades en múltiples disciplinas podrían ser considerados reemplazables. La desazón se ha extendido a la abogacía, la jurisprudencia en general e incluso la política. Si un algoritmo puede conocer todas las variables en juego y calcular en qué sentido modificar el peso de algunas de ellas para que el resultado final se acerque al objetivo..., ¿qué será de los asesores políticos o de los especialistas en mercadotecnia?

Más novedoso, sin embargo, es que la inquietud haya alcanzado al mundo del arte. No meramente al mercado del arte y su gestión, sino también a la creación artística. Esta inquietud adquiere diversas formas. Así, en abril de 2023, la prensa se hacía eco de las preocupaciones de ciertos creadores, dado que un famoso chatbot habría combinado trabajos de diversos músicos y letristas para obtener un resultado homologable al de tal o tal cantante.¹ Entran en juego en este

¹ Cf. <https://www.elmundo.es/cultura/musica/2023/04/18/643e7ff1fc6c83cc1a8b4573.html>.

asunto la protección de derechos de autor, el uso de materiales sin su autorización e incluso la posibilidad de plagio. Pero, más allá de intereses individuales, la cosa tiene una vertiente más general: si cabe generar música, incluida la vocal, sin artista de por medio, ¿qué sentido tendrán en el futuro las palabras mismas *compositor*, *libretista* o *letrista*?

Así planteado, el problema sigue circunscrito al ámbito de la sociología y la economía. No obstante, un matiz en la pregunta modifica la dirección del asunto hacia algo que cabe catalogar de filosófico. Pues, sea cual sea la utilización de materiales creativos por parte de entidades maquinales, ¿puede decirse que lo producido por el artefacto constituye en verdad una creación? Veremos en la primera parte del libro que son varios los casos que suponen un verdadero envite, pero evoco brevemente desde ahora uno reciente (relativamente, ya que las novedades en todo a lo que concierne a este asunto son continuas y, de hecho, imposibles de seguir).

¿MÁQUINAS CREATIVAS?

«Me presenté para saber si [los jurados de] los concursos están preparados para enfrentarse a imágenes realizadas por inteligencia artificial. No lo están», declaraba en abril de 2023 Boris Eldagsen, tras renunciar al Sony World Photography Award que distinguía con el primer premio la imagen «The Electrician», de la serie *Pseudomnesia*, presentada por Eldagsen..., pero no realizada por él ni por otro ser humano, sino por un artefacto. Eldagsen enfatizaba el hecho de que, al no tratarse de una fotografía (no había personas reales cuya imagen hubiera sido captada por el artefacto), sino de una construcción, carecía de sentido su presencia en un concurso fotográfico.

El hecho es que un ser humano concibió el proyecto, y lo hizo barruntando que el jurado podría llegar a considerar

fotografía una imagen sintetizada por un algoritmo. Pero hay un segundo asunto. Susceptible o no de confundir a un jurado, cuyos miembros cabe suponer a la vez sensibles y eruditos, ¿es realmente esta imagen una obra de arte? «The Electrician» es, desde luego, una imagen impactante e inquietante. Su impacto emocional es inmediato y, al no ser un sentimiento moral ni cognitivo, ¿cómo no vincularlo al efecto producido en el espíritu humano por la obra de arte? Si varias personas presentes ante la imagen se mostraran (¡no digo que fuera el caso!) de acuerdo en que están experimentando una emoción artística, ¿podríamos, como consecuencia de este efecto coral, concluir que hay obras de arte no vinculadas a lo humano?

Esto constituye una cuestión filosófica central, enmarcada en la interrogación general sobre lo que diferencia el funcionamiento del espíritu humano en la actividad artística (receptiva o creativa) de su funcionamiento en operaciones cognoscitivas, las cuales implican que haya criterio objetivo de verificación (así, «La tierra gira en torno al sol», «Doce es divisible por tres», etcétera), pero también del funcionamiento del espíritu cuando responde a imperativos éticos. La cuestión, claro está, es determinar si redes neuronales (u otras modalidades de entidad artificial) pueden ser homologadas a la mente humana en cada una de estas funciones.

¿«SINGULARIDAD TECNOLÓGICA»?

En el caso particular de la actividad cognoscitiva susceptible de ser verificada con objetividad, la homologación entre humanos y algoritmos supondría que la eventual desaparición del hombre no sería óbice para la permanencia de esa modalidad de la capacidad de razonar que es la ciencia.¹ Simple-

¹ Con la palabra *ciencia* hago referencia a esa relación con el entorno natural consistente en intentar hacerlo inteligible; disposición antitética

mente ésta tendría nuevos e inesperados protagonistas, quienes, tras la fecha hipotética del final de nuestra especie, seguirían dando testimonio científico de nuestra pasajera presencia, como hoy nosotros damos testimonio de la pasajera presencia del bucardo.

Si a esta homologación en el registro del conocimiento se añadiera la homologación en la capacidad creativa y en la facultad moral (con su corolario de organización social bajo reglas), cabría decir sin más que la desaparición del hombre no sería óbice para la persistencia de una civilización. Incluso podría especularse con la idea de que esta desaparición de los humanos se habría debido a una suerte de lucha por la subsistencia, en la que los más adecuados para las circunstancias, en este caso los de inteligencia más poderosa, habrían hecho inviable la persistencia de los seres humanos. Es lo que algunos denominan «singularidad tecnológica»,¹ hipótesis avanzada por Alan Turing en 1951 y recogida por Von Neumann, quien evocaba la posibilidad de una discontinuidad o singularidad en el proceso evolutivo, la cual supondría algo análogo a la discontinuidad que constituyó la aparición del ser humano y tendría como precio su desaparición.

No es ocioso señalar que si la causa de esta sustitución fuera tan sólo la inversión del control y la toma del poder por parte de las máquinas, ello no significaría por fuerza que la máquina nos superaría en inteligencia, sino quizá (como tantas veces ha ocurrido) en potencia bruta. Pues, dado el abismal consumo energético que requiere el funcionamiento

a la consistente en servirse de la naturaleza, en un intento inútil de vencerla, es decir, de forzarla en sus potencialidades. Recordaré al respecto que la técnica no puede hacer otra cosa que llevar al acto lo que la naturaleza permite; no puede, desde luego, cambiar la naturaleza en lo esencial de ésta. Como alguna vez he defendido, la naturaleza se deja desvelar, pero no violentar, y quien se extralimite será inmediatamente puesto por ella en su sitio.

¹ Murray Shanahan, *The Technological Singularity*.

de una supercomputadora, que la capacidad adaptiva de su cerebro no fuera mayor que la de un cerebro humano sería casi algo contrario a la economía natural. Se puede ser menos frágil siendo a la vez espiritualmente menos dotado, con lo cual no estoy diciendo que haya que negar *a priori* capacidades espirituales a una posible máquina (desde luego, de momento aún no presentes). En última instancia, la variable fundamental en el debate es qué se entiende por *espiritualidad* y qué se entiende por *inteligencia*, pero también qué se entiende por *singularidad*.

Como veremos, la *singularidad* que constituyó la aparición del ser humano implicó una auténtica ruptura cualitativa, una emergencia en la que, a partir de los elementos de la vida y de su entorno, apareció algo realmente nuevo, es decir, que no se reduce a la combinación de lo ya dado. Creo que esto es lo que tenían en mente Neumann Von y, más cerca de nosotros, el divulgador Vernor Vinge.¹ Si se tratara simplemente de la sustitución de la inteligencia humana por otra inteligencia, aun suponiendo que reuniera todos los atributos de la anterior, puede que *singularidad* no sea el término adecuado. Para que la sustitución de la inteligencia humana constituyera una auténtica emergencia tendría que aparecer algo jamás contemplado, dotado no sólo de las capacidades de juicio cognitivo, moral y estético que caracterizan a nuestra inteligencia, sino también de otras formas de juicio que (por la hipótesis misma de la deficiencia de nuestra inteligencia) no podemos concebir, aunque tal vez sí sería quizá posible imaginar.

¹ Vernor Vinge, «The Coming Technological Singularity: How to Survive in the Post-Human Era» (cf. <https://ntrs.nasa.gov/api/citations/19940022856/downloads/19940022856.pdf>). Este artículo se publicó por vez primera en 1993. Su mera presentación resulta altamente impactante: estaríamos en el umbral de un cambio «comparable a la aparición de la vida humana en la tierra», p. 12. Y ello en razón de la inminente «creación por parte de la tecnología de entidades con una inteligencia superior a la humana», p. 12. Quizá hubo exceso de entusiasmo.